

Espacios dialógicos

Espacios culturales

Int. Manuel García Q.

«Ser es comunicarse dialógicamente»
(M.M. Bajtin, Estética de la creación verbal)

En las encrucijadas disciplinarias, paradójicamente, las posibilidades de conocimiento de la realidad no disminuyen sino aumentan. Desde esta situación de movilidad, la visión parcelada y monológica del conocimiento cede su lugar a una visión de encuentros que nos sitúan en lugares fronterizos más aptos para la observación, formulación de preguntas y estudios de las realidades culturales en toda la complejidad de sus tiempos y espacios.

El descubrimiento del mundo polifónico abre sus puertas a la multiplicidad de sentidos y de significados en constante construcción, cuyo acto de desciframiento marcaría en consecuencia el inicio de la dialogicidad.

Desde este orden de ideas y propuestas se constituye el objetivo general de estas conferencias tituladas «*Diálogos en torno a la cultura*»; organizadas por el Grupo de Investigación y Estudios Culturales de América Latina e inscritas en ese proceso múltiple de asedio, crítica, interpretación y comprensión que se ha producido en el mundo intelectual americano y del resto del mundo, estos diálogos parten de la necesaria revisión de nuestras prácticas disciplinarias, del cuestionamiento y relectura del hecho cultural y del lugar que ocupamos dentro de la cultura; de revisar estructuras comunicativas y culturales que nos permiten comprender nuestras formas de representación, los modos de presencia de nosotros y de los otros, y

finalmente, descubrir las relaciones entre tradición /modernización y las lógicas que los sostienen.

Los doce Textos expuestos durante tres meses en la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes—cuyo ordenador es la cultura abierta a la diversidad de problemas— giraron en torno a temas variados cuya amplitud sólo nos permite enunciarlos por áreas temáticas: Arte y literatura, Hermenéutica de la Cultura, Cultura y Educación, Cultura Alternativa, Cultura Política y Discursos Coloniales.

Diversos modos de lectura, de modos de crítica e interpretación se advierten en estos textos heterogéneos a veces controversiales. Estas lecturas contribuyeron a la formación de un espacio de diálogo cuya fuerza crítica e interpretativa, nos permitirían problematizar varias instancias de la cultura, estimulando y enriqueciendo nuevas perspectivas, y nuevas preguntas a problemas viejos y nuevos para la comprensión de los procesos culturales, y el papel de la comunicación en la cultura cuyo balance se ofrece al lector y en donde la imaginación, que según Octavio Paz es la facultad que descubre las relaciones ocultas entre las cosas, se hace presente y nos invita a comprendernos (1981:38)

ESPACIOS EN CONSTRUCCIÓN

Desde el reconocimiento de la triple relación autor/realidad, autor/lector y lector/realidad, el mundo de los espacios dialógicos nos permite acceder a la comprensión y a la articulación de la cultura en distintos sistemas y subsistemas de la cultura/culturas, así como en las distintas comunidades interpretativas en donde se construyen y/o emergen los sentidos.

Desde este punto de vista, se hace necesario orientar y despertar una conciencia crítica sobre y desde el reconocimiento de la pluralidad de espacios culturales. Como es de suponer, el reconocimiento de la diversidad desterraría las posibilidades de exclusión, y nos plantearía, en consecuencia, un acercamiento a los otros. Como dice Juan David García Bacca en *Invitación a filosofar según espíritu y letra de Antonio Machado*, «El hombre no surge por abstracción. Surge paso a paso por vernos, oírnos, entendernos, hablarnos...»

Hoy en el mundo, el reconocimiento de que los espacios globalizados y localizados son uno y múltiples, contradictorios y paradójicos, es condición esencial para entender en qué situaciones nos estamos insertando, es entender el juego de tensiones entre fuerzas homogeneizantes y heterogeneizantes. El mundo para unos, parecería haber llegado al fin de la historia, para otros, sólo estamos viviendo una fase más de la larga marcha por una historia cuyo futuro es difícil de prever, pues, el mundo actual está gobernado por la incertidumbre y la contingencia. Si estamos viviendo un final de la historia, este se sumaría a los muchos finales de la historia que le han acontecido al mundo y cuya cancelación no pasaría de ser una ilusión

apocalíptica y teleológica. Las condiciones materiales y mentales nos permiten reconocer que todo cese es una aspiración que es rebasada prontamente por la realidad, de por sí muy compleja e irreductible. La sensación finalista no pasaría de ser un fantasma historiográfico. Razón tenía Mijail Bajtín (1985) al decir, refiriéndose a lo inestable del proceso cultural humano, que:

No existe ni la primera ni la última palabra, y no existen fronteras para un contexto dialógico (asciende a un pasado infinito y tiende a un futuro igualmente infinito). Incluso los sentidos pasados, es decir, generados en el diálogo de los siglos anteriores, nunca pueden ser estables, (concluidos, de una vez para siempre, terminados), siempre van a cambiar renovándose en el proceso del desarrollo posterior al diálogo (...) (p.p 392-393)

El mundo que estudiamos no es el de una *tabula rasa* ni el de un laboratorio en el que las condiciones estarían perfectamente controladas por el investigador. El mundo de la cultura es ciertamente un laboratorio en el que distintos procesos pueden conducir a resultados insospechados. Como ya hemos señalado, el mundo cultural está inmerso en redes de relaciones en las que descubrimos tensiones, acercamientos y distancias, cuyos procesos dinámicos están en continua movilidad dialéctica. Este mundo sensible, tan temido por quienes suelen idealizar o negar la realidad, tiene paradójicamente, por un lado, situaciones de conflicto, de oposición entre grupos hegemónicos y subalternos, entre centro y periferia, alta y baja cultura, élites y masas, y por el otro, situaciones de encuentro en el que las tensiones de la voluntad de poder y la pulsión de dominación parecen disiparse y nos revelan que la convivencia y la tolerancia, lados positivos de la cultura, también son posibles. El reconocimiento de las diferencias culturales más allá del cliché de moda, es fundamental, es el punto de partida en donde la pluralidad no es un espacio de caos, sino la riqueza que caracteriza a la humanidad y a la circulación e intercambio de los productos culturales.

No obstante, el mundo de la contradicción y de la indiferencia siempre está presente en esta situación que ya la alertó André Glucksmann en el texto *Dostoieski Manhattan* al señalar, a propósito de los desequilibrios finiseculares, que el fantasma del nihilismo recorre el mundo y ante éste, sólo nos quedaría una posibilidad: elevarnos desde la cultura, desde los valores que la racionalidad y la imaginación han creado y construido en una larga y accidentada marcha por hacer del mundo un lugar vivible.

Ante los peligros que nos acechan (y que el mismo hombre ha producido): la guerra, el hambre, la exclusión, el deterioro de los ambientes naturales y sociales, la ignorancia, la indiferencia y el olvido; nos inducen a pensar que vivimos en un profundo malestar de la cultura, según lo percibiera

Sigmund Freud. Esa situación de rechazo, de no mirarse en la propia cultura, de negarse a verse en el espejo, de reconocernos en la diversidad, ha estado presente en nuestras historias. Esa posición conflictiva del hombre con la cultura se constituye en un problema, no sólo de nuestros países latinoamericanos, sino también está presente en las agendas globales, al respecto recordemos la *Declaración Universal Sobre la Diversidad Cultural* elaborada por la Unesco que dice en su artículo número 1:

La cultura adquiere formas diversas a través del tiempo y el espacio. Esta diversidad se manifiesta en la originalidad y la pluralidad de las identidades que caracterizan los grupos y las sociedades que componen la humanidad. Fuente de intercambios, de innovación y de creatividad, la diversidad cultural es, para el género humano, tan necesaria como la diversidad biológica para los organismos vivos. En este sentido, constituye el patrimonio común de la humanidad y debe ser reconocida y consolidada en beneficio de las generaciones presentes y futuras. (Unesco, 2002)

Los contenidos de esa Declaración nos alertan sobre las urgencias globales, sobre la importancia de mantener el diálogo como única salida frente a los duros combates culturales que hoy se libran. Estas situaciones de desequilibrio son impulsadas por una creciente lucha entre lo que ya Mariano Picón Salas vislumbraba en su discurso «Las pequeñas naciones» presentado en la Universidad de Puerto Rico:

Quizás el proceso ecuménico del hombre que llamamos Historia Universal no sea más que el conflicto entre la voluntad de poder y la voluntad de cultura, entre las fuerzas del derroche y destrucción y las fuerzas de la creación. (1947:220)

Reconocernos en ese malestar, adquirir conciencia de esas urgencias y encontrar los espejos y las claves para entrar y salir del laberinto, para mirarnos en la cultura y en relación con los otros espejos culturales, es hoy, a todas luces una tarea capital de la humanidad. Este problema no es la base de un nuevo idealismo sino la base de nuestra propia existencia material y espiritual. Las experiencias que se derivan de ese contacto con la pluralidad de culturas, y sus insospechadas conexiones y procesos de síntesis e innovación, nos presionan en la búsqueda de nuevos enfoques que, desde la historia cultural, nos ayudarían a superar el sentimiento de vacío y de inevitabilidad que nos embarga. Nos ayudaría también, a superar la intolerancia y a encontrarnos inmersos en un viaje cultural con los distintos sujetos culturales que pueblan y amplían nuestros espacios culturales.

El conocimiento sobre y desde la cultura se transforma en un horizonte de expectativas y posibilidades, en la clave de comprensión de nuestras polifonías culturales no reductibles a esquemas superficiales ni particularizados. Razón tenía Johann G. Herder al hablar sobre el derecho a *ser y estar* de las culturas en la pluralidad.

Me asusto cuando oigo caracterizar en unas cuantas palabras a toda una Nación o un periodo, pues que vasta multitud de diferencias quedan abrazadas en la palabra «nación» o «edad media» o «tiempos antiguos y modernos (cit. por. Isaiah Berlín, 1983: 65)

Redes de sentidos y significaciones en la perspectiva dialógica nos conectan con la complejidad de las culturas, ubicándonos en el descubrimiento de la mezcla, del intercambio no exento de tensiones, campo de reflexión constante en nuestra América Latina.

Al respecto ya señalaba Daniel Mato que «América Latina», no es una entidad natural sino una idea histórica cuyo devenir ha sido conflictivo y está pese a las prácticas homogeneizantes, caracterizado por una complejidad que atraviesa a las regiones, localidades, grupos sociales y marcos institucionales. (2001: 98-99)

Recientemente Eliot Weinberger, expresaba, al referirse en una descripción gráfica al contacto intercultural, esos matices culturales de intensa movilidad que nos descubren lugares y espacios de intercambio, en donde los espacios culturales, se yuxtaponen en presencias que notamos cada vez más en nuestras calles, y en las nuevas formas culturales que circulan a través de la literatura, del arte y de la música con las migraciones, los viajeros y las nuevas tecnologías:

Me permito describir una instantánea de la hermosa y pequeña ciudad de Oaxaca, en México: en la escalinata de la Iglesia colonial española, sedentes mujeres mixtecas vestidas a la usanza tradicional tejen mantas que venden a los turistas. Algunos diseños son indígenas, otros copian pinturas de Picasso y Miró. Mientras trabajan, les gusta escuchar una cinta de Youssou N'Dour., un senegalés que mezcla la música popular africana con el ritmo disco, y cuyo conjunto toca instrumentos como la tama y la tumba y el sabar con saxofones y guitarra eléctrica. N'Dour vive en Dakar, graba en París, y canta en wolof, inglés y francés. Rodeando a las tejedoras se encuentra un grupo de turistas surcoreanos, calzan zapatillas manufacturadas en Indonesia por corporaciones de los Estados Unidos. (Weinberger, 2002:44)

A partir del reconocimiento de las encrucijadas dialógicas, y de la redefinición de los espacios culturales, el camino de encuentro con los otros y las culturas a las que pertenecen, y que nos pertenecen, en esa totalidad de sistemas y de espacios y tiempos, compartidos, yuxtapuestos y sincrónicos, la construcción de valores menos estereotipados de las diferencias nos ayudarían a evitar, en los caminos que vamos abriendo, los extravíos de la irracionalidad y de las pasiones, y a comprender que nuestro proceso cultural está caracterizado por un constante encuentro de culturas, por la yuxtaposición de tiempos y espacio históricos, y por la coexistencia, emergencia y convivencia de diversas formas y sujetos culturales, cuyos rostros vamos reconociendo en el espacio dialógico, en estos «*Diálogos en torno a la cultura*».

El escritor Paquistaní Tarig Alí señalaba recientemente:

Tenemos que seguir luchando por anclar los valores de la argumentación racional y la libertad de imaginación de la sociedad, no como ideas opuestas a los intereses de las masas, sino como condiciones sociales esenciales para la libertad y el futuro de las personas. (2002: 69)

BIBLIOHEMEROGRAFÍA.

- Alí, Tarig. (2002) «Cuestionario». *Letra internacional*. Madrid (74): 69-70
Bajtín, Mijail. (1985) *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI
Berlín Isaiah (1983) *Contra la corriente: ensayos sobre historia de las ideas*. México: FCE.
Freud, Sigmund. (1973) *El malestar en la cultura*. Madrid: Alianza Editorial.
Mato, Daniel (2001) «Estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder» *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*. Caracas. Vol. 7 n° 3 (sep-dic.), pp. 83-109
Paz, Octavio (1981) *El Ogro filantrópico*. Barcelona (España): Seix Barral.
Picón Salas, Mariano (1947) «Las Pequeñas Naciones» en *Europa-América. Preguntas a la Esfinge de Nuestra Cultura*. México: Cuadernos Americanos, pp. 199-226
Unesco. (2002) *Declaración Universal Sobre la Diversidad Cultural*
Weinberger, Eliot. (2002) «Somos la Vanguardia». *Letra Internacional*. Madrid (74): 44-47